

A E
& I

El cielo ha vuelto

PROPIEDAD DE
EDITORIAL PLANETA

Autores Españoles e Iberoamericanos

Esta novela obtuvo el Premio Planeta 2013,
concedido por el siguiente jurado: Alberto Blecua,
Ángeles Caso, Juan Eslava Galán, Pere Gimferrer,
Carmen Posadas, Rosa Regàs y Emili Rosales.

PROPIEDAD DE
EDITORIAL PLANETA

Clara Sánchez



El cielo ha vuelto

Premio Planeta

2013

PROPIEDAD DE
EDITORIAL PLANETA

 Planeta

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Clara Sánchez, 2013

© Editorial Planeta, S. A., 2013

Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: noviembre de 2013

Depósito legal: B. 23.162-2013

ISBN 978-84-08-11994-4

Composición: Víctor Igual, S. L.

Impresión y encuadernación: Cayfosa (Impresia Ibérica)

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

Julieta, este es el cuento que nunca te escribí

PROPIEDAD DE
EDITORIAL PLANETA

PROPIEDAD DE
EDITORIAL PLANETA

Hace medio año, una desconocida me dijo que había alguien en mi vida que deseaba que yo muriera. La encontré en un vuelo Nueva Delhi-Madrid. Tenía problemas con la vista y me pidió que le leyera el menú y que le indicara dónde estaba el baño. «Otra vez he perdido las malditas gafas», dijo metiendo la cabeza en un enorme bolso blanco. Su peso, alrededor de ciento y pico kilos, la obligaba a viajar en business. A los organizadores del congreso al que había asistido no les hacía gracia el gasto, pero qué podía hacer ella, no cabía en un asiento turista. Sonreí vagamente y no hice ningún comentario porque no quería enredarme en una conversación de diez horas. Abrí una revista sobre las rodillas y me quedé mirando el cielo y la luz de fuera con la frente pegada a la ventanilla. No había nubes, solo alguna pequeña y perdida que hacía pensar en la soledad. Una maravillosa sensación después de tantos días de

desfiles, nervios, cambios de ropa, pinchazos de alfileres, toneladas de maquillaje, pestañas postizas de un metro y peinados demasiado creativos. La agencia de modelos para la que trabajaba me había pedido que desfilara en Nueva Delhi para una firma hindú y que asistiera a las fiestas en el palacete del empresario Karim y su esposa Sharubi, cuyo cuerpo menudo siempre iba envuelto en seda, y sus muñecas en oro hasta medio brazo. Y ahora, por fin, el vacío y la libertad.

Me quité los zapatos y los empujé con el pie debajo del asiento de enfrente. No quería molestias, por eso había elegido sentarme junto a la ventanilla. Pero no iba a ser tan fácil: notaba las miradas de mi vecina resbalándome en el pelo, y en algún momento tendría que girarme y enfrentarme a sus ganas de charla. Vi de reojo cómo le hacía una señal a la azafata y le pedía una ginebra con una rodaja de pepino, unos granos de pimienta y un ligero chorro de tónica. Desde luego parecía tener unos gustos muy concretos. Por unos segundos solo se oyeron los cubitos de hielo chocando contra el vaso de plástico y la ginebra chocando contra el hielo mientras empezábamos a sobrevolar enormes masas de nubes que cubrían las montañas y las casas, los ríos, la gente y los animales como una capa de algodón. No se podía saber dónde estábamos.

—¿Le gustaría acompañarme? —dijo alzando el vaso, sujeto por varios dedos llenos de anillos. Uno

era una calavera turquesa, otro un búho, otro una rosa de plata, otro una cosa rara con alas, algunos se le hundían en la carne.

Puesto que pronto tendríamos que cenar, acepté y me decidí por una copa de champán, y la verdad es que me sentó bien, me relajó. Ahora por fin podría cerrar los ojos y dejarme llevar. Pedí otra copa de lo mismo y mi vecina otra ginebra, esta vez sin el chorrito de tónica. También ella parecía dejarse llevar. Le brillaban la nariz, la barbilla y la raíz del pelo. Tenía un poco de sudor por todas partes. El pelo iba teñido de caoba y repartido a lo loco, más oscuro por un lado, más claro por otro, un desastre, y sus ojos eran de un azul desvaído casi transparente, como si le faltasen dos capas de pintura.

Me pregunté a qué tipo de congreso habría asistido. Sería profesora seguramente, quizá escritora, pero solo abrí la boca para dar otro sorbo. Ella suspiró muy profundamente y se volvió con cierto esfuerzo hacia mí. Dijo que tenía miopía, vista cansada y astigmatismo, y que, desgraciadamente, sin las malditas gafas no me veía bien, pero que sus otros sentidos hacían un trabajo complementario al de la vista y si en el futuro volvíamos a encontrarnos podría reconocermé por la voz, el calor, las vibraciones y la energía que desprendía mi cuerpo, algo más sutil que los rasgos físicos y más seguro.

—¿Y cómo se ven esas cosas? —pregunté, pensan-

do que hasta ahora lo único que destacaba de mi persona eran mi talla treinta y seis, el uno setenta y ocho de estatura, una figura armónica y una cara que resistía bien el objetivo de una cámara a diez centímetros, cosas que en el fondo nadie valora de verdad.

—No se ven, se sienten —dijo—. Cualquiera puede sentir las si no se conforma con lo que ve.

Por no ponerla en un aprieto no le pregunté cómo eran las sensaciones que le llegaban de una modelo dedicada a vender estilo y apariencia, no de una filósofa, ni de una científica, ni de alguien que se pasa el día pensando. Yo a ella la sentía como la lava de un volcán, derritiéndose por los lados del asiento, cubriendo poco a poco la moqueta, subiendo por las paredes de plástico compacto del avión y fundiéndose con todo.

—Me llamo Viviana —dijo.

Su voz era muy bonita, cálida, sedosa, sensual. Llevaba pantalones, un blusón hindú de algodón y zapatos blancos. No se los quitó para que no se le hincharan los pies. Desde el principio cruzó uno sobre otro y apenas se movió, solo la cabeza y las manos. Alargó una de ellas hacia mí y enredó un mechón de mi pelo entre dos dedos robustos, uno con la calavera de turquesa y el otro con la cosa rara con alas.

—Qué suavidad —dijo, acercando unos centímetros su miopía hacia mí—. ¿De qué color tienes los ojos?

—Castaño claro.

—Seguramente son muy bonitos —apuntó ella.

No hacía falta que contestase. No tenía por qué devolverle el cumplido, no tenía que venderle ningún trapo.

—Me llamo Patricia —dije con mi cuarta o quinta copa de champán en la mano.

—Patricia —repitió ella para sí con su cuarto o quinto vaso de ginebra.

Nos sirvieron ensalada, cordero al curri, arroz basmati, tortas de pan, pastel, taza para el café o té, vaso y cubiertos, todo en palmo y medio de mesita. Me lo comí sin reparar en calorías ni en exquisiteces, un acto instintivo cuando la supervivencia depende de una bandeja de plástico. Viviana, en cambio, no probó bocado. Más que abrir, destrozó la bolsa transparente con tenedores, cucharas y cuchillos, y después de desparramarlos por la bandeja suspiró removiendo todo el aire del avión y se quedó mirando el respaldo del asiento de enfrente sin parpadear, como si estuviera viendo mucho más que una simple tela gris.

Mientras me tomaba el té me entró el gusanillo profesional de sugerirle a Viviana que abandonara el blanco por el negro. Le adelgazaría unos cinco kilos, le realzaría el pelo y los ojos y resultaría más

elegante, pero aquello, afortunadamente, se quedó en un simple pensamiento porque en ese momento la azafata empezó a retirar las bandejas, desplegando en cada movimiento ráfagas de algún perfume oriental desconocido. Viviana se pidió otra ginebra y la ayudé a reclinar el asiento hasta dejarlo horizontal. Parecía un muñeco de nieve tumbado por el viento. Hice lo mismo tendiéndome de costado hacia la ventanilla, afuera aún había luz, en la que flotábamos milagrosamente. Pero de vez en cuando las nubes se deshacían y dejaban al descubierto montañas marrones con blancura petrificada en las laderas, era mejor no mirar.

Bajé la persiana porque el avión acababa de convertirse en una sala de reposo en semioscuridad y silencio. Me puse todo lo que había en una bolsa de plástico, regalo de la compañía: antifaz, manta y tapones, y fui adormeciéndome, pensando en Elías cuando me abrazaba, cuando me cogía la mano para enseñarme a pintar, cuando se afeitaba por la mañana apoyado en el lavabo sin pantalones, solo con una camiseta y calzoncillos o desnudo. Quizá era demasiado delgado, piernas delgadas, brazos delgados; no le gustaban los gimnasios, ni perder el tiempo mimando su cuerpo, ya lo perdía yo por los dos. No le importaban sus defectos, no los escondía ni trataba de disimularlos; el cuerpo le servía para que estuviéramos juntos en el sofá, en la ducha, jun-

to a la pared y en una colchoneta de la piscina, nuestros lugares preferidos, todo lo demás era secundario. Y por eso ninguno podía compararse con él. Era el único hombre que había logrado gustarme de verdad, sin dudas ni peros de ninguna clase. Me dormí pensando en él y en que por poco no habría llegado a conocerle y en que por los pelos no sería feliz.

No sé cuánto tiempo pasó desde ese momento, horas que se encogieron en minutos como los jerséis de lana en la centrifugadora, hasta que se encendieron las luces y los pasajeros empezaron a estirarse y a salir al pasillo, algunos con pantalones de chándal y camisetas de andar por casa que se habían puesto nada más alcanzar la velocidad de crucero. En cambio yo, por largo e incómodo que fuese el viaje, me vestía con mi ropa habitual. Llevaba unos vaqueros, una blusa de seda negra y los zapatos estrella de la última colección para la que acababa de trabajar, de veinte centímetros de tacón, que ahora rodaban por el suelo junto a mis pies enfundados en los calcetines de la compañía aérea. Las pequeñas persianas de las ventanas fueron subiendo y comenzó a entrar el amanecer. Calculé que tendría que saltar por encima de Viviana para ir al baño; quería asearme antes de que sirvieran los desayunos.

Lo logré con enorme dificultad, abriendo las pier-

nas todo lo que pude para saltar sobre un cuerpo que parecía estar lleno de mil cosas más que el resto de cuerpos y no despertarla, y fui la primera en comenzar los lentos aseos de la mañana de modo que no tendría que esperar mil horas a que se desocupara el lavabo. Me recogí el pelo con un pasador y tardé cinco minutos en parecer como nueva, porque si algo bueno tenía mi oficio era que me había enseñado a ser rápida, precisa y a verme mientras me maquillaba y arreglaba desde fuera de mi propio ser, ni siquiera necesitaba espejo.

A mi regreso, Viviana estaba luchando a brazo partido por poner el asiento recto. Se me quedó mirando fijamente como si fuera recordándome poco a poco.

—Hacía tiempo que no dormía tan bien —dijo pasándose las manos por el pelo.

Se acercó a los ojos el diminuto reloj que se le clavaba en la muñeca y dijo que en unas horas haríamos escala en Zúrich. Luego se inclinó con un soplo para coger el inmenso bolso blanco, lo abrió, rebuscó en su interior, de donde salían sonidos, que hacían pensar en gente y animales viviendo allí dentro y dijo: «Nada, definitivamente me olvidé las gafas en el hotel.»

Y fue entonces, como si estas palabras hubiesen desencadenado algún tipo de energía, cuando el

avión empezó a subir y bajar y a vencerse a los lados y el carro de los desayunos salió disparado por todo el pasillo y las azafatas desplegaron sus asientos rápidamente y se pusieron los cinturones de seguridad claramente preocupadas. Habían pasado de sonrientes a serias. El carro de los desayunos temblaba en algún punto del avión y el comandante pidió calma y que no nos moviéramos de nuestros asientos. Pero una señora no pudo soportar la presión y comenzó a llorar a nuestras espaldas. Viviana me cogió la mano. Las tres azafatas también se las cogieron, lo que no parecía buena señal.

—Me angustia volar —dijo Viviana—, por eso bebo sin parar.

Le apreté un poco la mano para que se sintiera segura. Ambas mirábamos al frente, a los respaldos grises, mientras nuestros cuerpos eran zarandeados sobre las picudas montañas cubiertas por las nubes.

«Estamos atravesando una tormenta, mantengan la calma», dijo la voz del piloto, instante en que la señora que lloraba empezó a llorar más y más y más, y todos volvimos las cabezas de vez en cuando hacia ella para olvidarnos de nuestra propia angustia. Estaba completamente desencajada.

—Pobre mujer —dijo Viviana—. Necesita desahogarse, viene soportando desde hace tiempo una carga demasiado pesada y sentir con todas sus fuerzas que nos vayamos a estrellar le está dando la oportu-

nidad de expulsar los tristes demonios que lleva dentro.

Seguramente Viviana era psicóloga y había asistido a algún congreso sobre la materia. Pero no era momento de preguntas, parecía evidente que estábamos viviendo los últimos minutos de nuestras vidas: me daba mucha pena que fueran tan trágicos y dejar este mundo. Hay gente a la que a veces le cuesta vivir, pero a mí siempre, absolutamente siempre, me gustó la vida, y no soportaba la sensación de morir, como no la soportaba la mujer desesperada de cuatro filas más atrás. Era imposible, terrible y fuera de toda lógica no volver a ver a Elías, no volver a pisar mi casa y que mañana por la mañana le dijeran a la masajista que mi cuerpo se había hecho pedazos sobre la tierra dura y fría de un lugar perdido en el mapa y que tuviera que darse media vuelta con la camilla doblada. Sentí en el estómago el aire helado y la soledad del enorme vacío que me acogería dentro de poco. Hasta ahora no se me había ocurrido hacer testamento y no había pagado la factura de la tintorería. Hacía varios meses que no veía a mis padres y no le había dado las gracias a Daniela, nuestra empleada, por el pequeño invernadero que había montado en el jardín. Y, a mi pesar, dejaría vía libre para que otra modelo me sustituyese y se luciese en el reportaje de *Elle*.

Fueron unos segundos de negros pensamientos

—más que negros, si existiese un color aún más oscuro— hasta que Viviana se volvió hacia mí con los ojos exageradamente abiertos intentando llevarse una imagen final lo más clara posible de este mundo y me cogió también la otra mano. Le palpitaban, le sudaban, las tenía ásperas. Seguramente necesitaba el calor de otro ser humano en la marcha definitiva. Y yo también. El avión prácticamente se precipitaba sobre la nieve. La pasajera de los tristes demonios estaba gritando y un hombre en el asiento de atrás rezaba. Y en medio del desastre y la tragedia que se nos venía encima lo único que verdaderamente estaba sintiendo ahora eran las manos de Viviana. Sus anillos sobresalían de entre nuestros dedos entrelazados y brillaban. El sudor que le caía de la frente también brillaba.

—Escúchame bien —dijo ella apretándome aún más las manos—. Hay alguien —cerró con fuerza los ojos como para ver dentro de ellos—, hay alguien que desea que mueras. Lo siento con mucha fuerza, como si estuviese dentro del corazón de esa persona, pero no de su mente, porque no sé quién es ni por qué desea tu desgracia.

No entendía nada. Le pregunté por qué me decía algo así precisamente en este momento, a punto de estrellarnos.

—Es normal que no me entiendas —dijo—, no estás preparada.

Se quedó un segundo en silencio mientras los maleteros iban a abrirse de un momento a otro sobre nuestras cabezas y las azafatas sentadas enfrente, junto a los lavabos, nos miraban sin vernos con cara de pánico.

—Vamos a matarnos. No hace falta que nadie quiera que muera —le dije gritando más de la cuenta y poniéndome los zapatos sin saber por qué.

—No vamos a matarnos, hoy no. Saldremos de la tormenta y volveremos a nuestras casas. Pero sí existe alguien que desea que no vivas y esto es verdad, una de las pocas verdades de las que estoy segura. —Aún me apretaba las manos—. Con este jaleo no soy capaz de comprender si se trata de un hombre o de una mujer, si es amigo o enemigo, un familiar, una competidora celosa, un amante vengativo. A quienquiera que sea le puede su deseo de hacerte mal. No es fácil reprimir un deseo, y los deseos lamentablemente se hacen realidad con demasiada frecuencia.

La muerte real estaba pasando a segundo plano. Quizá era una maniobra psicológica para desviar mi atención de la tragedia que se nos venía encima.

—No debes obsesionarte con lo que te he dicho, pero sí tener cuidado, ser precavida. Nada más cogerte la mano tu cuerpo me ha advertido de que estás en peligro, aunque tú conscientemente no lo sepas. Una persona es mucho más de lo que cree

que es y sabe más que lo que cree que sabe, aunque sea más fácil cerrar los ojos y seguir adelante sin mirar a los lados.

Era evidente que ambas estábamos en peligro, algo que también su cuerpo lo sabría. Las personas que estudian la mente ven demasiadas cosas, a veces cosas que se inventan. Aunque debo reconocer que, más o menos como ella predijo, al cuarto de hora cesaron las terribles turbulencias y una oleada de alivio recorrió el avión. El pasaje comenzó a hablar alto. La señora del llanto ahora lloraba de emoción, y yo también tenía ganas de llorar. Las azafatas se desabrocharon los cinturones de seguridad y una de ellas dijo por megafonía que habíamos dejado atrás la tormenta, que aterrizaríamos en Zúrich para repostar y que los pasajeros podían solicitar a la tripulación todo el alcohol que desearan. La voz inundó el avión de sonidos nasales y ligeras interferencias, de falsa lejanía y autoridad. Por fin podíamos respirar.

Viviana dijo que ya era hora de levantarse para ir al lavabo. La ayudé a ponerse de pie y me pidió que no la acompañara, estaba acostumbrada a la inestabilidad, a rozarse con todo tipo de cosas y a agarrarse constantemente con las manos a barandillas, sillas, paredes. Por eso las tendría así de ásperas. Pedí dos ginebras, una para Viviana y otra para mí, con una rodaja de pepino, como a ella le gustaba. Sabía que le agradecería encontrarse con esta sorpresa a su regreso.

En Zúrich hicimos una escala técnica y no se nos permitió bajar del avión. Por la ventanilla, a lo lejos, el paisaje era bello: montañas, pinos, viento oscurecido que venía arrastrándose hacia nosotros. Al cabo de una hora subieron nuevos pasajeros frotándose las manos. Y Viviana volvió a cogerme la mano, lo que no me agradó demasiado porque ya no había tormenta ni estábamos en peligro y porque me habían dejado completamente agotada la vida y la muerte tan juntas, una encima de la otra. Traté de retirarla lo más sutilmente que pude, pero ella me la retuvo.

—No te asustes por lo que te espera, eres una de las pocas personas en este mundo que puede ir un poco por delante de los acontecimientos. Usa bien esa ventaja.

Estuve a punto de decirle a esa pobre mujer que mi vida era maravillosa y que vivía rodeada de gente que me quería. Todo el mundo, incluida yo misma, consideraba que tenía mucha suerte. A mis veintiséis años tenía dinero en fondos de inversión, una moto, un Mercedes, un 4x4 y un chalé en una de las zonas más exclusivas y caras, a diez kilómetros de Madrid, rodeada de futbolistas y famosos. A los dieciséis años firmé mi primer contrato como modelo y a los diecisiete, antes de abandonar el instituto, cancelé la hipoteca del piso de mis padres. Pero Viviana no sabía nada de esto, y sin soltarme murmuró algo,

dijo unas palabras que no entendí. Metió las manos en su gran bolso blanco y sacó un papel y un bolígrafo. Dibujó algo así como una montaña coronada por una perla, lo dobló y me lo dio.

—Llévalo contigo. Te vendrá bien.

PROPIEDAD DE
EDITORIAL PLANETA